

Discurso de Despedida Alumnos ITESM.

“El grano de mostaza es el más pequeño de todos los granos; pero cuando se hace árbol, los pájaros del cielo vienen a abrigarse en él”.

Amigos:

Siempre he pensado que en estas palabras de Jesús, recogidas en el Evangelio de San Mateo, se nos ofrece la imagen más justa del proceso que se cumple en toda obra humana, cuando ésta reconoce en el Amor su sola tierra nutricia. Es el Amor, en efecto, la buena tierra que hace fecundar, en laboratorio secretísimo, al más pequeño de los granos; la savia vivificadora que estalla en cada nuevo brote su verdor milagroso. Es el Amor quien acendra el aroma y sazona el sabor del fruto; quien guía y trenza los brazos enjorjados en la cúpula vegetal, red para la luz de las estrellas y abrigo para los pájaros del cielo.

Toda obra humana comienza por ser una semilla: un pensamiento en el cielo de la inteligencia; un anhelo nacido en las rosas del sueño; un imperioso impulso que asoma su grito en el surco profundo de nuestro corazón. Y ¡he ahí el prodigio: el pensamiento que se hace expresión participable; el anhelo que se torna comunión; el grito del impulso que se vuelve clamor! La aventura del árbol: el diálogo con la luz, con el aire, con las constelaciones y los pájaros.

Detrás de cada obra, hay una inteligencia y unos ojos y una voluntad enamorada, y hay las raíces que cada vez amplían más su tierra nutricia.

Inútil la aplicación del símil. ¿Será necesario decirnos, en efecto, que esta Escuela es un árbol y que nuestro amor, el amor de todos los que en ella colaboramos, es su buena tierra?, ¿que nuestro amor, empeñado en el resplandor de su verdad, es la savia que impulsa cada brote, acrecienta el verdor, multiplica los frutos y hace más amable el cobijo de su fronda?.

Tierra de amor sois cada uno de vosotros; tierra de amor con su aire, con su color, con su matiz distintivo, dependiente tal vez de la tierra de que procedéis y que os marcó con su sello. (¿No sentís su mordedura en la nostalgia o en la alegría del retorno, ahora más que siempre, frente a la cercanía de las vacaciones? ¿No la miráis emerger de vuestro recuerdo y proyectarse en vuestra esperanza? ¿No la lleváis como cristal de vuestros ojos, ternura y canto de vuestro corazón, vigor y cauce de vuestra conducta?)

Tierras de todas las tierras, congregadas por un mismo afán y unificadas por un mismo amor. Tierras ya una sola corriente alimentadora del árbol.

¿Qué mejor, pues, que esta encarnación física de la imagen en este árbol tangible y en estas tierras reales traídas por vosotros desde vuestro lugar de origen?

Tierras de cada una de las provincias de México; tierras hermanas de los países de América. Tierras sombreadas de bosques, ardidadas por la inclemencia del sol en el desierto, oreadas por la brisa del mar, penetradas por la corriente dulce de los ríos; tierras del valle, de la colina y la montaña, feraces o magras; tierras holladas por los pasos de peregrinos milenarios, incencidas o surcadas por el arado y por la máquina. Arcoiris de tierras negras, amarillas, sienas, rojas, blanquecinas— que pintan el mapa geográfico de nuestra América. Tierras mezcladas con el polvo venerable de nuestros progenitores.

Ahí queda nuestro árbol —este nogal elegido por don Juanito Certucha, autor y realizador entusiasta de la idea. Ahí queda como símbolo viviente del Instituto. Y ahí queda también vuestro amor simbolizado en la tierra. Relación sacramentada entre el hombre y la obra.

Lo veremos crecer —así lo esperamos—, verdecido con brotes nuevos en cada primavera. Veremos crecer sus ramas ensanchar su sombra, amplificar su copa. Y cada primavera aumentará también el número de pájaros que vengán a buscar abrigo entre su fronda.

Y como este árbol —espejo contingente—, crecerá nuestra Escuela, alimentada con el amor de vuestros corazones; aumentará cada año su verdor, y cada año alojará en su seno a nuevos estudiantes venidos de todos los rumbos.

Alfonso Rubio y Rubio.

Instituto Tecnológico de Monterrey, tarde del 16 de junio de 1954.